

líneas temáticas señaladas en los dos libros anteriores. Su gran novedad estriba, sobre todo, en dicha estructuración en cinco capítulos, titulados, respectivamente, «El forzado», «La palabra», «Cantares», «Geografía e Historia» —el más extenso de todos— y «La verdad común». Antes de ellas figuran tres poemas y una breve introducción en prosa situada entre el primero y el segundo. El primer poema empieza y termina con las palabras *España* y *patria*, respectivamente, y ambas se repiten una vez más en el interior del poema; canto, a la vez, a las diversas tierras españolas, acompañadas por sus peculiares, entrañables palabras, es decir, realidades, como las puramente naturales: «... / orvallo, sirimiri, de Galicia, / Asturias, Vascongadas: / ...». Recogiendo una línea principal de los dos libros previos, *España* se asocia íntimamente, casi fundiéndose e identificándose, con *esperanza*, *pueblo* y *palabra*, la «palabra viva» del hombre, la palabra del poeta que va a sustentar y titular la segunda parte de *Que trata de España*, pero que va a ser uno de los primeros núcleos temáticos de todo el libro, un motivo constante de análisis y reflexión en la poesía de Otero a partir de *Pido la paz y la palabra*. Sigue a este poema inicial la presentación —y declaración de principios— del libro: «Comienza el libro IV (MCMLIX-MCMLXIII) de la obra llamada *Que trata de España*, realizada dentro y fuera de esta patria, dirigida por y a la inmensa mayoría.» Siguen, completando este prólogo, pórtico u obertura del libro, dos sonetos, el primero, «heterodoxo», ya que el verso octavo es un heptasílabo; desde los versos primeros, *Libro* y *España* son una sola, la misma realidad, y realidad plural de sus acentos, sus palabras y sus tonos, como de sus pueblos: «Este es el libro. Ved. En vuestras manos / tenéis España... / ... Escrito está con nombres castellanos, / llanto andaluz, reciente, y algún viejo / trozo de historia: todo con un dejo / vasco, corto en palabras.» Se inicia, además, en este poema una poética con esa fórmula «corto en palabras», que representa la intención de sobriedad, de concisión, de palabra apretada, quebrada y cortada, que rompe y reconstruye, fragmenta y yuxtapone la realidad. Y la realidad, la palabra, es también aquí *la paz*, la que se alzó contra la barbarie, la que se identifica, en las preguntas finales, con el pueblo, motor de la historia, representación de su más noble y progresiva dimensión ayer y hoy, y abriendo en el presente el camino, la plena realización del futuro: «... Decid / quién encendió la paz frente al nazismo / incendiario. Quién hace, quién escribe / la historia de mañana desde hoy mismo.»

Si en este soneto se presenta, se habla del libro, en el siguiente, «ortodoxo» y final de este prólogo, el poeta se dirige al propio libro,

le invoca por tres veces, a partir del primer verso, del primer cuarteto: «Libro, perdóname. Te hice pedazos, / chocaste con mi patria, manejada / por conductores torvos: cruz y espada / frenándola, ¡grandios, y qué frenazos!» La acusación directa, sin tapujos, a los censores, nuevos inquisidores, ocupa todo el segundo cuarteto, testimonio de las mutilaciones y prohibiciones sufridas por el poeta por una obra que debía publicarse fuera de su patria, como añade en los tercetos (el libro —no se olvide— se publicaba en París, nuevo exilio poético tras los de *En castellano*, México, 1960, y la antología *Esto no es un libro*, Puerto Rico, 1963). También traen los tercetos la palabra esperanzada, afirmativa, que levanta la fe en el mundo y en el arte, «ancho» uno y otro como «largo el porvenir». Palabra de Otero abierta siempre hacia el futuro, dinámica y progresiva, libre y liberadora: libertad contenida, con el refuerzo de la repetición, en el infinitivo del endecasílabo final: «Español es el verso que te encargo / airear, airear. Te escucho. Empieza.»

Sirven estos dos sonetos de introducción al capítulo segundo, «La palabra», pero también a parte del primero, «El forzado», a poemas como «Perdurando» («He vivido / caminando / y hablando en los papeles, / ...»), uniendo finalmente palabra y vida, «presencias y memoria... el papel, / los hombres y el mañana»), «Biografía» («Libros reunidos» y «El corazón de España») e «Impreso prisionero», en donde Blas de Otero hace una síntesis de su poesía, de todos sus libros y etapas a partir del breve y temprano *Cántico espiritual*, y nueva denuncia del tiempo histórico, de un presente de muros y mordazas; sin embargo, el impulso vital, la fe y la esperanza, nunca abatidos, siempre firmes y enhiestos: «... ¿Hablar en castellano? Se prohíbe. / Buscar España en el desierto / de diecinueve cegadores años. / Silencio. / Y más silencio. Y voluntad de vida / a contra dictadura y contra tiempo.» También de este «Impreso prisionero» brotan algunos de los grandes maestros del castellano siempre presentes en Otero: el verso de Góngora y el medio verso de Fray Luis de León «triste, espaciosa España» —incorporado, como ya se vio, al poema «Hija de Yago», de *Pido la paz y la palabra*— convertido ahora en «la espaciosa y ardua España».

La identificación machadiana entre camino y vida tiene en Blas de Otero la equivalente vida y palabra, vivir y escribir o vivir y hablar, porque escribir y hablar van a ser la misma actividad en su poética, como claramente expresa en «Impreso prisionero»: el ya citado endecasílabo «¿Hablar en castellano? Se prohíbe», y, un poco antes, «hablo / para la inmensa mayoría...». En el capítulo «La palabra» se reitera, y aun se radicaliza, esta identificación: tras haber

escrito «Hablamos de las cosas de este mundo. / ... (Escribo / hablando, escuchando, caminando)» (el subrayado es del poeta, ya que esa afirmación constituye el poema «Poética» de *En castellano*), dará prioridad a la palabra popular, la de «los hombres que parlan a la puerta / de la taberna...», subrayando con las manos «sus sílabas de tierra». Y en el poema anterior, «Palabra viva y de repente», el poeta prefiere, antes que los libros, «las palabras de la gente», las que «parece que se tocan, que se palpan», palabras que son «cosas formidables, / que hacen temblar a la gramática»: la misma valoración de lo popular —lengua y pueblo, el hombre y su palabra— ya señalada en el homenaje a Sancho Panza al final del poema «Me llamarán, nos llamarán a todos». («Capítulo IV. Geografía e historia» de *Que trata de España*.)

En el capítulo primero, «El forzado», predominan los poemas «topográficos», desde el nombre de España hasta el de tantas ciudades españolas, encabezadas por Madrid y Bilbao. En un conjunto de trece poemas hay cuatro absolutamente vascos, con sus ríos y montes, sus valles y romerías, con nombres muy repetidos en la poesía de Otero, como ya se indicó, desde *Pido la paz y la palabra*: Nervión, Pagasarri, Orozco, Archanda, Gorbea, Murueta, Luyando, Barrencalle Barrera, etc., sobre todo, los tres primeros. Pagasarri, la cumbre de Pagasarri, reaparecerá en el capítulo «La pluma en el aire» del libro de prosas *Historias fingidas y verdaderas* (1970), mencionando también el valle de Orozco, presente asimismo en otra de las «prosas» de este libro, la titulada «La rosa». Porque, adelantemos ya, el tema de España culmina en *Que trata de España*, pero no termina en este poemario, proseguirá en todos los libros posteriores. También el mar Cantábrico aparece en estos primeros poemas; el mar es para Otero metáfora de «la vida que uno ha envuelto, desenvuelto / como / olas / sonoras... / ... la vida que uno hace / y deshace...», «anchas olas rabiosas», que son «las olas / de Orío, Guetaria / Elanchove...». Cantábrico evocado, cantado, desde lejos —«Lejos» es el título del soneto evocador y acusador de Bilbao; recordemos el otro poema, ya citado, sobre su ciudad titulado «Muy lejos»—, ya que una gran parte de la poesía «española» y «vasca» de Otero está vivida y escrita desde la ausencia, desde un destierro entre voluntario y forzoso: si el hombre podía vivir en España, sus libros, su palabra, no. Canto a su mar, su litoral —no sólo el vasco, también el santanderino—, y en ellos, a sí mismo, a su pasado («niño descalzo / en la Concha, infancia pensativa / frente al hosco rumor de las mareas...»), para terminar —este poema sin título, que empieza «Canto el Cantábrico, / en Moscú, una tarde cualquiera / del año / 1960— con otro